En vez de morir, la beata Margarita sanó súbita y sobrenaturalmente, habiéndole pedido sus superiores esta señal de la realidad de la visión, que había tenido que participarles en virtud de santa obediencia. Nuestro Señor le devolvió así milagrosamente la salud ó más bien la vida por medio de la Santísima Virgen. La Madre de Dios se dignó aparecérsele; la bendijo, la consoló largamente, y apenas concluyó la visión, sor Margarita María pudo levantarse, salir de la enfermería y volver á los ejercicios de religiosa. Toda la Comunidad vió, llena de estupor, andar libremente á la que pocas horas antes parecía no quedarle un soplo de vida. Así la revelación del misterio del sagrado Corazón recibió desde su origen el sello divino de la certeza, el sello del milagro.

¡Con qué fe tan profunda y con qué amor debemos, pues, honrar, invocar y adorar al divino Corazón de Jesús!

¡Oh dulce Jesús mío! encended en mi corazón ese ardiente fuego en que se consume el vuestro; que un celo ilustrado lo abrase, y que el espíritu que dirigió vuestras obras, dirija también las mías. Que mi alma, oculta en el retiro de vuestro Corazón, viva muriendo á sí misma, y que olvidando las locas alegrías del mundo, se una para siempre á Vos.

III

Tercera revelación del Corazón de Jesús

Una nueva gracia, más importante aún que las precedentes, recibió la beata Margarita del sagrado Corazón. Era durante la octava de Corpus, y estaba en adoración en la capilla del monasterio. Sentíase movida extraordinariamente á devolver á su Salvador amor por amor. Arrebatada y fuera de sí, vió á Jesús que le descubría su divino Corazón, y le decía: «Mira este Corazón, que tanto ha amado á los hombres, hasta el extremo de anonadarse y consumirse para testificarles su amor. En pago de este sacrificio sólo recibo de la mayor parte de ellos ingratitudes, á causa de los desprecios, las irreverencias, los sacrilegios y la frialdad con que me tratan en este Sacramento de amor.

«Pero lo que me es aún más sensible, es que me traten así corazones que me están consagrados.

«Por esto te pido que el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, se consagre á celebrar una fiesta particular para honrar mi Corazón, desagraviándole públicamente, comulgando en dicho día para reparar los indignos tratamientos que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias

de su divino amor sobre los que le tributen este honor y trabajaren para que del mismo modo le honren los demás.

—«Pero dulce Señor mío, le replicó Margarita toda confusa, ¿á quién os dirigís? ¿á una criatura tan ruín, á una pecadora tan miserable, que su indignidad será capaz de impedir el cumplimiento de vuestros designios?»

—«¡Y qué! le respondió el divino Maestro, ¿no sabes que me sirvo de los débiles para confundir á los fuertes, y que ordinariamente hago brillar mi poder con más esplendor sobre los pequeños y pobres de espíritu, para que nada se atribuyan á sí propios?

—«Pues entonces, dijo la beata Margarita, dadme como pueda hacer lo que me mandais.» Y Jesús añadió: «Dirígete á mi siervo (era éste el P. de la Colombière, director de sor Margarita María, y religioso muy ejemplar de la Compañía de Jesús), y díle de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción y dar esta alegría á mi Corazón.»

Instruido de esta orden del divino Maestro, el santo religioso obedeció con fervor. El viernes después de la octava de Corpus (21 de Junio de 1675), se consagró enteramente como víctima de adoración y de reparación al Corazón adorable de Jesús. Persuadió á varias personas piadosas á hacer otro tanto, y á practicar fielmente las reglas trazadas por Nuestro Señor á sor Margarita María tocante á la frecuente Comunión, y especialmente la Comunión reparadora del primer viernes de cada mes, como también la del primer viernes que sigue á la octava de Corpus. Los efectos de esta santa práctica fueron maravillosos.

Séanlo también en adelante para nosotros y en nosotros. Sí, es preciso que para entrar en los misericordiosos designios de nuestro Salvador, sigamos también humilde y amorosamente los consejos que Él mismo se dignó dar á su bienaventurada Sierva.

Ante todo reanimemos nuestra fe y nuestro celo respecto á la divina Eucaristía, y pongamos mucho cuidado en evitar esas negligencias é irreverencias de que se queja Nuestro Señor. Permanezcamos en su presencia con profundísimo respeto siempre que esté expuesto en los altares, cuando oigamos la santa Misa ó entremos en cualquier iglesia donde Él resida; adorémosle con amor humilde, y postrados á sus piés démosle, de lo íntimo de nuestro corazón, pública satisfacción de nuestras culpas, como expresamente lo tiene pedido.

Además de esto, comulguemos en adelante con más frecuencia y con mejores disposiciones que hasta aquí. «Me recibirás en la santa Comunión cuantas veces te lo permita la obediencia.» A nosotros, no menos que á la beata Margarita, van dirigidas estas palabras de Jesús. Su sacratísimo Corazón nos llama á todos á la sagrada Mesa. ¡Oh! ¿cuándo llegará el día en que todos escuchen esta voz y acudan á es-

te llamamiento? En los designios de Jesús, como dice el Concilio de Trento repitiendo las palabras de Santo Tomás, San Agustín y San Ambrosio, «el Pan eucarístico es nuestro pan cotidiano; se le recibe todos los días como remedio de la enfermedad de cada día. Recibámosle, pues, todos los días, á fin de que todos los días nos aproveche. Pero vivamos de suerte que merezcamos recibirle diariamente.» Esta es la gran regla práctica de la Comunión; este el deseo de la Iglesia; este el clamor del Corazón de Jesús. Mostremos á nuestro Padre espiritual un alma tan francamente buena, tan sinceramente animada de buenos deseos y de celo por el servicio de Jesucristo, que pueda decirnos estas consoladoras palabras: «Vé, hijo mío, vé con toda confianza, y recibe, si es posible, cada día al Dios de tu corazón.» ¡Cuánto cambiaría la faz del mundo si muchas almas entrasen resueltamente en este camino de bendición, de amor, de fervor, de salud!

Finalmente, según el precepto de nuestro dulce Dueño, consagrémonos de una manera especial á la adoración reparadora el primer viernes de cada mes, y hagamos en él con espíritu de penitencia y humildad la Comunión que Jesús pide á todos los «discípulos de su sagrado Corazón.»

Sí, Jesús dulcísimo, celador de las almas, que encontrais vuestras delicias en estar entre los hijos de los hombres; verdadero Pan de vida, nuestras almas esperan saciarse con Vos. No las despidais hambrientas, porque caerán desfallecidas en mitad de su camino. Venid á nuestro espíritu, y alumbradlo con vuestros resplandores; penetrad en nuestro corazón, y abrasadlo en el fuego de vuestro santo amor.

IV

De otras dos bellas visiones del sagrado Corazón que tuvo la beata Margarita María Alacoque

Estaba un día sor Margarita arrodillada en un patio del monasterio, próximo á la capilla del Santísimo Sacramento, ocupada en la labor que le habían encomendado, junto á un avellano que todavía se enseña hoy en Paray-le-Monial.

«Sentíme del todo recogida interior y exteriormente (dice ella misma en la memoria en que por obediencia iba notando los favores sobrenaturales que recibía), y ví el Corazón de mi adorable Jesús más resplandeciente que el sol. Parecía como envuelto en llamas; y estas llamas eran las de su amor. Estaba rodeado de Serafines que con admirable concierto cantaban: —«¡El amor triunfa!.....» ¡El amor se regocija en Dios!»

Aquellos bienaventurados espíritus me invitaban á unirme á ellos en su cántico de alabanzas al Corazón de Jesucristo; mas yo no me atrevía. Reprendiéronme por esto, y me dijeron que habían venido

para tributar conmigo á este sagrado Corazón un homenaje perpétuo de amor, adoración y alabanza; que para esto ocuparían mi lugar delante del Santísimo Sacramento, á fin de que por su medio pudiera amarle y adorarle sin interrupción; que participarían del amor paciente en mi persona, así como yo participaría en la suya del amor triunfante. Al mismo tiempo me pareció que escribían en letras de oro esta asociación en el sagrado Corazón, con los caractéres indelebles del amor.

«Esto duró unas dos ó tres horas, y toda mi vida he sentido sus efectos, tanto por el auxilio que he recibido de esta misteriosa asociación, como por la suavidad que había producido y produce todavía en mí.

«En consecuencia quedé llena de confusión. No obstante, al rogar á estos santos Ángeles, sólo les llamaba mis divinos asociados. Esta gracia me dió tan gran deseo de la pureza de intención, y me hizo concebir tan alta idea de la que es preciso tener para conversar con Dios, que todas las cosas me parecían impuras en comparación del fervor de los Serafines.»

¡Ay! ¡que no esteis delante del sagrado Tabernáculo por nosotros como estábais por aquella dichosa criatura, oh abrasados Serafines, purísimos y perfectísimos adoradores del Corazón de nuestro Dios! Mas ¡qué digo! ¡Allí estais; de allí no os separais un momento! Día y noche adorais por nosotros y con nosotros, en el cielo y en el Santísimo Sacramento, á

Nuestro Señor Jesucristo, vuestro Rey y nuestro Rey, vuestro Amor y nuestro Amor, vuestra Luz y nuestra Luz. Lo que vosotros haceis invisiblemente, lo hacemos nosotros visiblemente; lo que haceis en la bienaventuranza del cielo, lo hacemos ¡ay! ó al menos debemos hacerlo; en medio de los combates y miserias de la tierra. ¡Ah! ¡suplid la frialdad é imperfección de nuestras adoraciones! Aunque no os ligue un pacto especial con ninguno de nosotros como á vuestra bienaventurada «Asociada,» no por eso deja de reinar entre vosotros y nosotros, entre la Iglesia del cielo y la de la tierra, una íntima é indisoluble unión. ¡Venid, pues, venid á ayudarnos, bienaventurados Serafines, Querubines, Ángeles, Arcángeles de los nueve coros celestiales! ¡Venid, adoremos á Jesús! ¡Adorémosle juntos en el misterio en que triunfan su amor y su sacrificio; y con un mismo corazón adoremos, amemos, exaltemos á su sagrado Corazón! *Venite, adoremus!*

La beata Margarita María tuvo también la dicha de contemplar en otra visión no menos esplendorosa al Corazón divino. El 27 de Diciembre de 1686, día de San Juan Evangelista, en el momento en que acababa de comulgar, quiso Nuestro Señor revelarle una vez más los misterios de su santo amor.

«Se me representó, dice, el Corazón de Jesús, como en un trono todo de fuego y llamas que despedía por todos lados, más resplandeciente que el sol, y trasparente como un cristal. En él se descubría vi-

siblemente la llaga que recibió en la cruz. Tenía al rededor una corona de espinas, y encima una cruz, que parecía plantada en él.

«Mi divino Maestro me dió á conocer que aquellos instrumentos de su Pasión, significaban que el amor inmenso de su Corazón hacia los hombres había sido el origen de todos los padecimientos y humillaciones que quiso sufrir por nosotros; que desde el primer instante de su Encarnación tuvo presentes todos aquellos tormentos, y que desde aquel primer momento quedó plantada, por decirlo así, la cruz en su Corazón; que para manifestarnos su amor aceptó desde entonces todos los dolores que su santa humanidad debía sufrir durante el curso de su vida mortal, como también todos los ultrajes á que su amor á los hombres había de exponerle hasta el fin de los siglos en el augusto Sacramento de nuestros altares.

«Y Jesús añadió: —«Tengo una sed ardiente de « ser honrado y amado de los hombres en el Santí- « simo Sacramento; y, sin embargo, no encuentro « casi ninguno que se esfuerce, como deseo, en miti- « gar mi sed, correspondiendo de algún modo á mi « amor.»

La beata Margarita María nos dice que le atravesó el alma esta amorosa queja de su Salvador. ¡Ojalá traspase también la nuestra! ¡Ojalá que, á la manera que un viento irresistible conmueve los grandes árboles así también conmueva, sacuda, despierte á todos los sacerdotes, ministros de la sagrada Eucaristía, dispensadores de los santos Misterios, y les haga comprender lo que muchos no compreden bastante, á saber, el ardiente, el insaciable deseo que tiene Jesús de que todos sus hijos se acerquen á la santa Mesa y rodeen los altares para recibir en ellos la adorable Comunión! A este fin el Salvador les confía ese vehemente deseo de su Corazón, y lo abandona plenamente á su amor, á su celo y á su fidelidad.

¡Bienaventurado el sacerdote cuyo único cuidado consiste en hacer conocer á las almas á Jesús en la Eucaristía; en exitarlas «á comulgar santa y frecuentemente, *sancte ac frequenter*, como dice la Iglesia,[1] y aún cada día si es posible! ¡Bienaventurado y mil veces bendito el siervo verdaderamente prudente y fiel que corresponde á los deseos de su buen Señor, dando con santa misericordia el Pan de vida á los hijos de Dios! La piedad y el fervor florecerán en su derredor: alimentados con Jesús, los niños conservarán fácilmente su inocencia; los jóvenes, la belleza virginal de sus almas; las familias, la santidad grave y dulce del hogar doméstico; las santas vocaciones, las buenas obras, el celo por la fe, la caridad con los desgraciados, se desarrollarán como por encanto; en una palabra, este bendito sacerdote verá multiplicarse en torno suyo cuanto hay de bello y bueno acá bajo, como una prenda de su corona eterna.

1 Rituale Rom., «De Eucharistia.»

¡Ah! pidamos al Corazón de Jesús que dé sin cesar á su Iglesia sacerdotes ardientemente consagrados á los celestiales intereses del Santísimo Sacramento; sacerdotes cuyo supremo gozo sea dar Jesús á las almas, á todas las almas, á fin de que Jesús viva y reine verdaderamente en ellas. No se olvide nunca que este es el deseo más ardiente de su sagrado Corazón.

V

Magníficas y consoladoras promesas de Nuestro Señor á los devotos de su Corazón

En la hermosa visión que acabamos de referir, en la que Nuestro Señor hizo contemplar á sor Margarita María su sagrado Corazón rodeado de luz vivísima, sobre un trono misterioso y resplandeciente, hízole en favor de los que se consagrasen á su culto promesas tan consoladoras como edificantes. Grabémoslas en nuestras almas, y meditémoslas con amor y gratitud.

Dijo Jesús á la beata Margarita María: «El gran deseo que tengo de ser amado perfectamente por los hombres, me ha inducido á manifestarles mi Corazón, y darles en estos últimos tiempos este último esfuerzo de mi amor, proponiéndoles un objeto y un medio tan á propósito para obligarles á amarme, y amarme sólidamente.»—Como veis, pues, el sagrado

Corazón se nos da como un remedio extremo en los peligros extremos; los peligros de los últimos tiempos. «Habrá entonces, dice el Evangelio, una gran tribulación cual no la ha habido desde el principio del mundo... Se conmoverán las virtudes del cielo... Muchos se dejarán seducir. Y si el Señor no abreviase aquellos días, nadie se salvaría; mas por los escogidos serán abreviados.»[1] Ahora bien, ¿cuál es, cuál será para nosotros el gran medio de preservación y de salud? Jesús mismo se digna manifestárnoslo: es su adorable Corazón, «último esfuerzo de su amor en estos últimos tiempos.» ¿Y cómo nos salvará el culto amoroso de su divino Corazón? Excitándonos «á amarle y amarle sólidamente.» Puede afirmarse sin temor que «los elegidos,» los verdaderos cristianos de los últimos tiempos de la Iglesia, serán los fieles del sagrado Corazón de Jesús.

El Salvador dijo además: «Dándoles mi Corazón, les abro todos los tesoros de amor, de gracia, de santificación y de salvación que este Corazón encierra, á fin de que todos los que quieran rendirle y procurarle todo el amor y honor que les fuere posible, sean enriquecidos con profusión de los tesoros de que este divino Corazón es fuente, y fuente fecunda é inagotable. Yo escribiré sus nombres en mi Corazón y no permitiré jamás que sean borrados de él.» «To-

1 Matth. XXIV, 21, 22, 29.—Marc. XIII, 6, 20.